

EL MANITAS Y LA PENÉLOPE DE 1969. BRICOLAJE Y DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO DOMÉSTICO EN ESPAÑA (1950-1985)*

Francisco Jiménez Aguilar

«El ¡hágalo vd. mismo! viene como anillo al dedo en la vida moderna»¹

La relación entre los hombres y el trabajo doméstico está cambiando lentamente. Para llegar hasta aquí hizo falta el reconocimiento del trabajo femenino y su profesionalización masiva a mediados del siglo xx, tras la reacción patriarcal de la dictadura franquista.² En paralelo, la historia de las mujeres y de género llamó la atención sobre la necesidad de una revisión de los cambios en el ecosistema doméstico, poniendo el énfasis en las mujeres adultas.³ A este respecto, partiendo de este enfoque y siguiendo la literatura científica internacional, merece la pena ampliar el sujeto de estudio hacia los varones adultos. La creciente tendencia a estudiar las

¹ Carlos Delgado Olivares, «¡Hágalo Vd. Mismo!», *Diario de Burgos*, 21 de agosto de 1965, p. 8.

² Celia Valiente Fernández, «La liberalización del régimen franquista. La ley 22 de julio de 1961 sobre derechos políticos, profesionales y de trabajo de la mujer», *Historia Social*, 31 (1998), pp. 45-65; María Rosario Ruiz Franco, *¿Eternas menores? Las mujeres en el franquismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007; Uxía Otero-González, «Gender Labor Policies in the Franco Dictatorship (1939-75): The Discursive Construction of Normative Femininity», *Journal of Nationalism, Memory & Language Politics*, 14, 2 (2020), pp. 204-220.

³ Inbal Ofer, «Teresa, ¿revista para todas las mujeres?: Género, clase y espacios de la vida cotidiana en el discurso de la Sección Femenina (1960-1970)», *Historia y Política*, 37 (2017), pp. 121-146; Eider de Dios Fernández, «Las chicas yeyé, las amas de casa de sopa de sobre y otras mujeres modernas (España 1955-1975)», *Arenal*, 29, 1 (2022), pp. 285-317; Teresa María Ortega López, Ana Cabana Iglesia, Laura Cabezas Vega, Silvia Canalejo Alonso, *Mujeres y agricultura en la política española del siglo xx*, Cátedra, Madrid, 2023, pp. 107-231; Carmen Romo Parra, «Distinta y superior a todas: Dinamismo y racionalidad en la caracterización y puesta en escena del arquetipo femenino del “desarrollismo” franquista», *Historia del Presente*, 43 (2024), pp. 71-88.

másculinidades ha descuidado por lo común lo privado.⁴ En España, hasta ahora la historiografía se ha centrado en las críticas femeninas a los hombres⁵ o, más reciente, a su dimensión laboral y paternal en el discurso nacional.⁶ Pero todavía no se ha abordado cómo se plantearon modelos que enfatizaran su papel dentro del hogar, en especial, por los propios varones. Es más, resulta aún más complicado si en lugar de la crianza (con tareas específicas como la educación o la adquisición de un empleo o un matrimonio) se examina lo que se conoce comúnmente como labores o trabajo doméstico: las cuestiones afectivas, ambientales y materiales imprescindibles para el bienestar.

La carencia de evidencias materiales y simbólicas de los hombres en el trabajo doméstico dificulta su estudio desde la historia. Con todo, puede echarse mano de prácticas similares que no suelen definirse como tareas o labores del hogar. Una vía de análisis pueden ser aquellas prácticas que las emulan y se entienden como ocio, tales como el «hazlo tú mismo».⁷ Sin duda, se trata de una faceta doméstica que se expandió a mediados del siglo XX y que sigue sin ser objeto de estudio desde la vibrante historia del ocio en el franquismo.⁸ Este tipo de prácticas entendidas como aficiones poseían una dimensión privada similar al colecciónismo o el modelaje. Al mismo tiempo, borraba las fronteras entre el trabajo y el esparcimiento, ya sea reparando, produciendo bienes para el autoconsumo o ahorrando el costo de llamar a un/a profesional. El bricolaje, término con el que se consolidó en castellano, es, por tanto, un ámbito que permite adentrarse en la división sexual del trabajo doméstico en la segunda mitad del pasado siglo.⁹

⁴ Caroline Rusterholz, «Fathers in 1960s Switzerland: A Silent Revolution?», *Gender & History*, 27 (2015), p. 828.

⁵ Mónica García Fernández, *Dos en una sola carne. Matrimonio, amor y sexualidad en la España franquista (1939-1975)*, Comares, Granada, 2022.

⁶ Francisco Jiménez Aguilar, *Másculinidades en vertical. Género, nación y trabajo en el primer franquismo*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2023; Benjamin Brendel, «Másculinidad, género y poder de las élites técnicas en el franquismo. La construcción del poder sociopolítico de los ingenieros de presas españoles en un contexto internacional», *Pasado y Memoria*, 29 (2024), pp. 133-159.

⁷ Se sigue la propuesta de Steven M. Gelber, «Do-It-Yourself: Constructing, Repairing and Maintaining Domestic Masculinity», *American Quarterly*, 49, 1 (1997), pp. 66-112; Carolyn M. Goldstein, *Do It Yourself: Home Improvement in 20th-Century America*, National Building Museum y Princeton Architectural Press, Nueva York y Washington, 1998; Inés Pérez, «Masculine Ways of Being at Home: Hobbies, Do-It-Yourself and Home Improvement in Argentina (1940-70)», *Gender & History*, 27, 3 (2015), pp. 812-827; Rachel S. Gross, «The gender politics of do-it-yourself: Frostline kits and the American outdoor equipment boom of the 1970s», *Entreprises et Histoire*, 106, 1 (2022), pp. 76-92.

⁸ Hace poco ha visto la luz Claudio Hernández Burgos y Lucía Prieto Borrego (eds.), *Divertirse en dictadura: El ocio en la España franquista*, Marcial Pons, Madrid, 2024.

⁹ Steven M. Gelber, *Hobbies. Leisure and the Culture of Work in America*, Columbia University Press, Nueva York, 1999, pp. 268-294.

Como en otros países, la naciente industria del bricolaje en España sirvió para el reforzamiento de la familia cisheteropatriarcal en el final del fordismo, entre el franquismo y la transición a la democracia. Dentro de la sociedad española se siguió afianzando el rol doméstico de la masculinidad trabajadora, a pesar de su constante cuestionamiento político, económico y cultural en buena parte de la segunda mitad del siglo xx. Simultáneamente, en este periodo empezaron a desvanecerse cuestiones clásicas asociadas a la división sexual del trabajo industrial. El trabajo artesanal no remunerado dentro de la casa diluyó las separaciones entre trabajo asalariado y trabajo doméstico, trabajo intelectual y trabajo emocional, o las propias nociones de trabajo o tarea, pues también supuso para muchos hombres y mujeres un espacio de autorrealización y reconocimiento, claves en el posfordismo y en las subjetividades de la tercera revolución industrial.¹⁰



Si las transformaciones del capitalismo no cuestionaron la diferencia sexual, estas generaron las contradicciones desde las que las mujeres pudieron disputarla y, con ellas, demandar un trato más igualitario ante el trabajo y, en concreto, el trabajo doméstico. En primer lugar, como se demostrará, la continuidad patriarcal vino dada por el modelo paradigmático de bricolador: el «manitas». Esta masculinidad

¹⁰ Paul du Gay, *Consumo e identidad en el trabajo*, CIS, Madrid, 2019.

reprodujo el tipo trabajador en el espacio doméstico. A lo largo de este periodo emergerá toda una formación y literatura de consejos sobre el bricolaje dirigida a los hombres. Este será el sustrato cultural desde el que se creará esta figura masculina que comportaba tres elementos: la implicación en el trabajo doméstico, el reforzamiento de la masculinidad trabajadora y la perpetuación de la diferencia sexual y el androcentrismo. Como bien ha planteado Eider de Dios Fernández, los años setenta fueron percibidos por muchos hombres de clase trabajadora como un tiempo de crisis de masculinidad.¹¹ En este artículo se constatará que el trabajo doméstico canalizado por la afición al bricolaje pudo ser una salida individual a esta crisis pública, y otras situaciones personales, reforzando la figura del trabajador en el ámbito privado, y una forma de evasión ante el creciente paro y las nuevas formas de explotación laboral.

No puede dejarse de lado aquí la otra cara de la diferencia sexual: las feminidades. Y es que el estudio del bricolaje muestra que no fue un campo vedado para las mujeres —por ejemplo, Kristian Pielhoff, presentador del célebre *Bricomanía*, reconoció en una entrevista que su pasión por este hobby la aprendió de su madre—.¹² Puede apreciarse con claridad la orientación de muchos productos para las españolas y que estas lo practicaron. En una etapa en la que las aficiones ofrecían tanto a unas como otros autonomía, independencia, destreza y autorrealización, estas fueron integradas en la vida femenina, como habían hecho con anterioridad. Pero si bien la industria del bricolaje reforzó la diferencia sexual (sin renunciar a las mujeres como consumidoras y practicantes) a partir del modelo que se ha rescatado de la «Penélope de 1969», esta división pudo ser contestada por las mujeres que deseaban reconocerse de tú a tú con los bricoladores del otro sexo y cuestionar la persistente domesticidad femenina.

Para apuntalar este marco de análisis, merece la pena señalar la importancia del espacio doméstico en el capitalismo del siglo xx. Con el auge de la sociedad de consumo de masas, la vivienda se ha revestido de una serie imparable de bienes, prácticas y estándares.¹³ La faceta «doméstica» de la masculinidad y la feminidad justificaron la proyección, el consumo y la inversión en esta serie de objetos, conocimientos y servicios.¹⁴ La creciente tecnificación del hogar es una buena muestra de ello. A esto han de sumarse los espacios y bienes extradomésticos como el jardín o el automóvil, los cuales entraron a formar parte del imaginario doméstico.¹⁵ El

¹¹ Eider de Dios Fernández, «Mujeres y hombres en la Transición: las mujeres trabajadoras y la crisis de la masculinidad obrera», *Spagna contemporanea*, 55 (2019), pp. 103-122.

¹² Maribel Escalona, «Kristian Pielhoff e Íñigo Segurola, 25 años y 1.000 programas al frente de 'Bricomanía'», *Diez Minutos*, 19 de julio de 2019.

¹³ Helen Hester y Nick Srnicek, *Después del trabajo. Una historia del hogar y la lucha por el tiempo libre*, Caja Negra Editora, Buenos Aires, 2024.

¹⁴ Alejandro J. Gómez del Moral, *Buying into Change: Mass Consumption, Dictatorship, and Democratization in Franco's Spain, 1939-1982*, University of Nebraska Press, Lincoln, 2021, cap. 2.

¹⁵ Para el caso español, Carmen Romo Parra, *El extraño viaje del progreso. Discursos de la cotidianidad e identidades femeninas durante el desarrollismo franquista*, Athenaica, Sevilla, 2017, pp.

bricolaje ha tenido una trascendencia en la que no suele repararse dada su naturaleza material, experiencial y efímera,¹⁶ que se refleja en aspectos como la organización sexual del trabajo doméstico, al menos, en los hogares de las clases media y alta.

Al abordar la «cultura del bricolaje» española desde una perspectiva de género esta investigación se basa en diversas fuentes escritas que van desde 1950 hasta 1985. En primer lugar, se revisan las publicaciones de prensa nacionales, regionales y locales donde se empezó a publicitar esta práctica que acabaría convirtiéndose en un sector industrial. En segundo lugar, las propias publicaciones sobre bricolaje (revistas, manuales y enciclopedias), donde además de encontrar discursos prescriptivos, pueden rescatarse las experiencias de las bricoladoras y los bricoladores a través de las secciones de correspondencia. En tercer lugar, tampoco se ha dejado de lado la creciente industria publicitaria en los medios de comunicación, sirviendo en este caso la de papel, aunque no se ignore que desde los años setenta en adelante hubo emisiones, programas y anuncios, tanto en radio como en televisión, sobre bricolaje en España.

Para indagar en las implicaciones del bricolaje en la división sexual del trabajo doméstico, el artículo consta de cuatro apartados. Comienza con un análisis de la estructura social del bricolaje en Occidente y España durante este periodo, prestando atención a las dimensiones de género. A continuación, analiza en sendos apartados la construcción de la masculinidad y la feminidad propias de esta práctica, que se han cristalizado en los modelos del «manitas» y la Penélope de 1969. Para concluir, se trae a colación a quienes cuestionaron los modelos de la división sexual del trabajo doméstico que ofrecía la industria del bricolaje en el franquismo y la Transición a la democracia.

LA ESTRUCTURA SOCIAL DEL BRICOLAJE Y SUS SESGOS DE GÉNERO

El bricolaje designa una cultura ligada a un nuevo sector industrial de bienes de consumo y servicios, de orientación doméstica, que fueron entendidos como una forma de ocio a través del trabajo no asalariado de reparación, ambientación y creación artesanal. Esta fue fruto de la expansión de la industria del *Do It Yourself* [Hazlo tú mismo o Hágalo usted mismo] a principios del siglo XX y el boom que vivió en la inmediata posguerra el *Home Improvement Industry* [industria de las mejoras del hogar] en el Norte global.¹⁷ En el caso español, a pesar de existir precedentes desde el periodo de entreguerras, tendría sus publicaciones originales a partir de los años cincuenta, los cursos en los años sesenta, y las asociaciones,

143-153; Susan Larson (coord.), *Comfort and domestic space in modern Spain*, University of Toronto Press, Toronto, 2024; Alba Zarza Arribas, *Pasajes arquitectónicos. La vivienda en el cine de Estado de España y Portugal (1938-1975)*, Tesis doctoral, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2023.

¹⁶ Sobre la relación entre las fuentes escritas y la práctica artesanal, Richard Sennett, *El artesano*, Anagrama, Barcelona, 2021, cap. 6.

¹⁷ Richard Harris, *Building a Market. The Rise of the Home Improvement Industry, 1914-1960*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 2012.

eventos, establecimientos y publicaciones dedicadas a su práctica a partir de los setenta, pudiendo hablar de la consolidación e internacionalización del sector en los años ochenta.¹⁸

Las concepciones de género dominantes marcaron el bricolaje: proyectos familiares, el paternalismo masculino y la posición auxiliar femenina. Como en otros movimientos culturales o industrias económicas, ningún sexo quedó al margen. Ahora bien, reproduciendo las relaciones de género y sus cambios en el transcurso de estos años, los cuales resultan de especial interés en materia de trabajo doméstico. En las primeras muestras escritas sobre esta práctica, ya se encuentra un discurso heteropatriarcal. En 1952, en un artículo de la revista *Artífice*, pionera del modelismo y el HTM, se puede apreciar cómo sus productos iban dirigidos a los padres varones con el fin de satisfacer las demandas familiares de las esposas y las criaturas, en este caso el uso de la bicicleta por el menor:

Su señora se lamenta con frecuencia de que su chico regrese a casa con el pantalón manchado de grasa, con un ‘siete’ en él o, lo que es peor, con una herida, ocasionada por llevarle usted en malas condiciones en su bicicleta. Con este asiento supletorio para ella, de elemental construcción, nada de aquello volverá a ocurrirle.¹⁹

Esta idea proveedora dentro de lo propiamente doméstico perduraría en las siguientes décadas. No obstante, los datos disponibles cuestionaban cualquier clara división sexual del bricolaje frente a otras «labores». Según un instituto demoscópico de la República Federal de Alemania, el 63 % de la población contaba con un «familiar mañoso» en casa. Las tareas más comunes eran las de pintura (48%), seguidas de las de electricidad (29%), albañilería (22%), ebanistería (19%), fontanería (14%) y cristalería (12%) y retejado (8%). En cuanto a la clase social, las clases más bajas eran las más dadas al HTM —trabajadores del campo (71%) y manuales (67%)—, mientras que las clases más altas, conformadas por propietarios y directivos, alcanzaban la cifra del 30%. Los obreros manuales alemanes eran los mayores aficionados, contrario a lo que cabría esperar por su clase social, pues dedicaban el poco tiempo libre que les quedaba a hacer lo mismo que en el tiempo de trabajo, eso sí, con fines de ahorro y subsistencia.²⁰ Finalmente, desde una perspectiva de género, el 60 % de las «chapuzas» las ejecutaban los hombres frente al 40 % de las mujeres, por lo que la diferencia no era tan acusada como hacía ver el «sólo» que indicaba el artículo para señalar el número de «amas de casa» implicadas.²¹

¹⁸ Francisco Jiménez Aguilar, «¿Quién cocinará y quién colgará los cuadros? Espacio y género en los inicios del bricolaje en España (1950-1985)», En prensa.

¹⁹ «Póngale un asiento a su bicicleta», *Artífice*, 1 (marzo de 1952), p. 21.

²⁰ Santiago Loren, «Bricolage», *Pueblo*, 15 de agosto de 1970, p. 3.

²¹ Carlos Delgado Olivares, «¡Hágalo Vd. Mismo!», p. 8; Luis Mira Izquierdo, «'Hazlo tú mismo' es el lema que se impone ante la escasez o tardanza de obreros especializados», *Diario de Burgos*, 16 de enero de 1966, p. 7.

Casi dos décadas después, la realidad alemana se mantenía frente a la de otros países que harían pensar que presentaban una relación más igualitaria que la España posfranquista. De acuerdo con una estadística de principios de los ochenta, conducida en Alemania, Estados Unidos y Francia por la empresa Emil Lux Company, se cumplían muchos de los estereotipos expuestos. Sobre el sexo, el perfil europeo mayoritario era un hombre, mientras que en Estados Unidos era paritario, superando las mujeres a los hombres. El rango de edad más común era de los 25 a los 29 años, ampliándose esa edad hasta los 34 en Estados Unidos y los 39 en Alemania. A nivel de clase, la mayoría pertenecía al sector industrial o trabajaban por cuenta propia, por lo que podían haber adquirido su capacidad para el bricolaje en su oficio. Se trataba ya en este momento de gente con un considerable estatus económico porque poseían una vivienda de gran tamaño en Europa (43-44%) y, la inmensa mayoría, en Estados Unidos (89%). Con respecto al gasto, además de tener en cuenta la inflación, los datos hablan de un mayor arraigo en Estados Unidos, algo que concuerda con lo relatado hasta aquí. Las conclusiones que pueden extraerse de estas cifras es una continuidad de clase en su público y una creciente feminización del bricolaje, sea real o por haber superado el sesgo de género de las propias estadísticas (Tabla 1).

Tabla 1. Clientes de bricolaje según la Herald Lux de la Emil Lux Company en 1983.

		Alemania Occidental	Francia	EEUU
Perfil Sexo	Hombres	68%	65%	48%
	Mujeres	32%	35%	52%
Edad	Media de Edad	25-39	25-29	25-34
	En Conjunto	38%	34%	31%
Profesión: Mayoría	Trabajos Pesados		Trabajos Pesados	Trabajos Pesados
	27%	22%	29%	
Habitáculo: Mayoría	Por cuenta Propia		Por cuenta Propia	-
	27%	15%		
Tamaño de la casa	Casa Propia 43%		Casa Propia 44%	Casa Propia 89%
	(Habitantes)	4 o más 52%	4 o más 47%	3 o 4 44%
Promedio de compras de bricolaje por año	335\$		168\$	507\$

Fuente: «Alemania y Francia, a la cabeza del mercado de bricolaje en Europa», *Bricolage Punto de Venta*, 11 (1983), p. 88. Elaboración propia.

En España, los datos disponibles son menos ambiciosos. Desde prácticamente sus orígenes, la idea del bricolaje como un «reino masculino» fue cuestionada por la evidencia de las mujeres que lo practicaban. Por ejemplo, se sabe que en Hogarotel, la feria del sector turístico y decorativo se empezaron a impartir los primeros cursos del «arte del chapuz» por el diseñador catalán Santiago Pey i Strany (1917-2001), y de «labores» por la divulgadora Ana María Calera (1926-2012), donde acudían hombres y mujeres en igual proporción, incluso con predominio de las amas de casa, lo que llamaba la atención de la sexista prensa de época.²² Más adelante serían asociaciones de mujeres y feministas, como Goyan y Profem en San Sebastián, las que organizaron estos cursos para mujeres bajo la batuta del propio Pey y otras divulgadoras.²³

La publicidad española de los sesenta jugaba con la paulatina difuminación de las relaciones de género en el hogar. «Las labores del hogar ya no son exclusivamente para la mujer, y si ésta maneja a su antojo una maquinilla perforadora, no extrañe ver un hombre ante una máquina de coser o una familia entera aprendiendo a utilizar una tricotosa», exponía el *Diario Femenino*.²⁴ Desde los años sesenta se percibe un cambio en la división sexual del trabajo doméstico, pero este, como puede intuirse, no fue acusado.²⁵ Carlos Delgado Olivares reflejaba con condescendencia el intercambio de roles en torno al trabajo doméstico, que seguía reforzando la división sexual del trabajo industrial patriarcal:

Un excelente regalo de boda, rabiosamente moderno: un estuche de artesanía. Y no digamos aquello de regalar un libro de cocina, con la dedicatoria: ‘para ella... y para él’ [...] Con la particularidad de que las mujeres son tan hábiles como los hombres para estos menesteres y a veces más. ¡Admirables mujeres, angelicales compañeras! Es cierto también que el hombre moderno es capaz de echar una mano en oficios, antes exclusivos de la mujer y del hogar, pero a cambio de esto la mujer no regatea esfuerzo, ni sacrificios. Además lo hace sin perder la sonrisa. La mujer cree que ha hecho una gran conquista, cuando ha logrado participar en el trabajo del hombre. No se puede tener más generosidad, ni mayor desinterés. Aparte, naturalmente, de lo que ello supone de ingenuidad.²⁶

Habrá que esperar hasta 1975 para tener las primeras tentativas estadísticas sobre el bricolaje en España. En una encuesta interna del número de noviembre de la revista *Azana*, justo antes de la muerte de Franco, el prototipo de bricolador español era un hombre varón de más de 35 años, entorno urbano y profesión burocrática de cuadro medio. Al parecer, para los encargados de recabar la información, los resultados eran similares a los de otros países como el vecino francés, lo que

²² «El bricolage, un arte doméstico que practican los hombres en España», *Diario Femenino*, 14 de noviembre de 1969, p. 10.

²³ Mateo de Andrés, «Cursos de bricolaje en San Sebastián», *Azana*, 13 (junio de 1975), pp. 76-77.

²⁴ «El bricolage, un arte doméstico», p. 10.

²⁵ Mónica García Fernández, *Dos en una sola carne*, pp. 134-147.

²⁶ Carlos Delgado Olivares, «¡Hágalo Vd. Mismo!», p. 8.

puede advertirse como cuestionable con los datos expuestos. Asimismo, llama la atención que solo un 6 % de las encuestadas fueran mujeres, «cuando se sabe que sienten un real interés por la misma», reconocían, encomiando a que se atrevieran a practicarlo, pues la fuerza o la habilidad no sería un obstáculo para estas. Esto último revela el sesgo de la muestra de la propia encuesta y las derivaciones publicitarias de la interpretación de sus desequilibrios.²⁷

En otra encuesta elaborada al año siguiente por la revista de bricolaje *BRIC* prevalecía esta desigualdad. Se concluía que los hombres practicaban tres veces más el bricolaje que las mujeres. Matizaba que en la práctica estas llevaban a cabo las «pequeñas reparaciones», mientras que estos las de «mayor hechura». Sobre la edad establecía dos picos entre los 25-35 y alrededor de los 50 años de edad, coincidiendo con los momentos de compra de la primera y la segunda residencia. La investigación estaba de nuevo sesgada cuantitativamente, pues la muestra por sexo y clase coincidían con los resultados y no, por ejemplo, con la estructura demográfica del año 1976. Preguntados por qué secciones de la revista no les satisfacían, la respuesta «ligeramente superior» era «cocina, jardinería y labores», constatando los sesgos de deseabilidad de género de los encuestados y, con anterioridad, la categorización propia de los encargados de diseñar la encuesta. Esta retrataba, por tanto, la idea hegemónica del bricolaje: masculino y de clase media.²⁸ Cosa que refrendó antes el personal de venta de *El Corte Inglés* en 1973, al percibir que los hombres tendían a comparar más en la sección de automóvil y las mujeres en la de jardinería. En cambio, reconocían que se notaban cada vez más las compras de estas últimas en su sección de bricolaje.²⁹

Sobre el número total de practicantes, seguía tratándose de un entretenimiento por despegar en los años ochenta en España. Conforme a José María Carol del grupo industrial Black & Decker, entre el 10-15 % de la población practicaba el bricolaje en 1980.³⁰ Lo que queda claro analizando el material estadístico y las percepciones disponibles del sector es que no consistía en una práctica exclusivamente masculina, aun cuando así se mostrara, y que era una cuestión que trascendía a una única clase social, por lo que podía poseer múltiples motivaciones. Por encima de la finalidad publicitaria que pudieran tener estas cifras para diversificar e incentivar el consumo, esto puede ayudar a comprender mejor sus modelos de género.

EL MANITAS

Para la industria del bricolaje, los españoles del siglo xx debían cultivar el HTM. Desde la posguerra, en la tónica de otros países del Norte global se fue

²⁷ «Resultados de la encuesta», *Azana*, 19 (diciembre de 1975), pp. 8-9.

²⁸ «Editorial», *Bric. Hobby bricolage*, 8 (septiembre de 1976), p. 2; «Encuesta BRIC», *Bric. Hobby bricolage*, 8 (septiembre de 1976), p. 3.

²⁹ *Cortty*, 49 (noviembre de 1973), p. 10.

³⁰ «El presente y el futuro del sector visto por los fabricantes», *Bricolaje Punto de Venta*, 1 (1980), p. 55.

abriendo paso un tipo de masculinidad trabajadora basada en la capacidad corporal individual y en la protección familiar, frente a las visiones militaristas del pasado.³¹ Esta masculinidad, fuera de la clase social que fuera, compartía la creencia en una superioridad masculina en el trabajo, incluso en aquellas tareas ligadas al trabajo doméstico, lo que con la «domesticación» del varón de este momento hacían cada vez más aceptable su dedicación, fuera como una tarea o una afición, a las prácticas englobadas en el bricolaje.³² Un reportaje de prensa de 1978 rescataba la historia de Manuel Ríos, un vecino de Masroig (Tarragona) con siete hijos y veintiún empleos con los que difícilmente alcanzaba para llegar a final de mes, que era caracterizado como «la estampa viva del bricolaje».³³

A lo largo de todas las publicaciones aparecen términos como «mañosos», «bricoladores», «manitas» y, de forma despectiva, «chapuzas» o «cocinillas». En un primer momento, el concepto más común de «chapuzas» o «chapucero» significaba una persona con muchos conocimientos frente al conocimiento especializado industrial, tratándose de «una versión más casera y menos sonora» española que la del *self-made man* estadounidense.³⁴ Sin embargo, pese a su popularidad, las tareas que realizaba connotaban imperfección o baja calidad. Esto preocupaba especialmente a los promotores de la industria del bricolaje, pues no deseaban que se considerara un «arte» o un «pasatiempo menor», prometiendo que cualquiera con los conocimientos, las herramientas y la práctica suficientes podía emular el trabajo de un electricista o un jardinero profesional.³⁵

Por su parte, el término de «cocinillas» o «cocinicas» ha poseído una connotación feminizada por su emocionalidad, orientación doméstica u ocupación a tareas consideradas socialmente femeninas. Aunque a partir de la década de los ochenta se positivizaran en más medios a aquellos hombres que se dedicaban al trabajo doméstico, a consecuencia de las reivindicaciones de las mujeres ante la «doble jornada»/«jornada interminable» y después por algunos hombres profeministas,³⁶ este no perdió su evocación a «otras debilidades blandoras que rimaban» con esta

³¹ George L. Mosse, *La imagen del hombre. La creación de la moderna masculinidad*, Talasa, Madrid, 2001, pp. 211-213; Para el caso español, Francisco Jiménez Aguilar, *Masculinidades en vertical*.

³² Fran Trentmann, *Empire of Things. How We Became a World of Consumers, from the Fifteenth Century to the Twenty-first*, Penguin, Londres, 2017, p. 260.

³³ Daniel de la Fuente Torrón, «Trabaja en 21 oficios», *Lanza*, 6 de agosto de 1978, p. 4.

³⁴ Gaytan, «Chapuzas», *El eco de Canarias*, 2 de abril de 1973, p. 6.

³⁵ José María Fernández Sanz, «Sobre la palabra bricolage o bricolaje», *Tú Mismo*, 3 (abril de 1980), p. 65.

³⁶ María Ángeles Durán, *La jornada interminable*, Icaria, Barcelona, 1986; Carmen Sarasúa y Carme Molinero, «Trabajo y niveles de vida en el Franquismo. Un estado de la cuestión desde una perspectiva de género», en Cristina Borderías (ed.), *La historia de las mujeres: perspectivas actuales*, Icaria, Barcelona, 2009, pp. 309-354; Cristina Carrasco, Cristina Borderías y Teresa Torns (eds.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*, Catarata, Madrid, 2011.

en quienes poseían un marco sexista.³⁷ Si se considera además que la gran dedicación masculina a la casa podía estar ligada a su vez con la falta de trabajo asalariado, o por estar desempleado o por la carencia de dinero suficiente para pagar mano de obra externa que sustituyera el trabajo doméstico en las sociedades opulentas, algo que vino reforzado por la crisis de principios de los ochenta y la depauperación de los trabajadores bajo los gobiernos democráticos, puede entenderse las reticencias a cualquier sugerencia de emasculación a causa de la corresponsabilidad familiar.³⁸

La asunción de la masculinidad con el trabajo hizo que la disposición hacia el trabajo manual técnico marcara una clara diferencia entre hombres y mujeres. Estas diferenciaciones se hacían de forma directa o indirecta en las fuentes escritas y en las imágenes. En primer lugar, a partir de qué tareas se asociaban a cada sexo. Existían trabajos que eran considerados más técnicos inscritos a los hombres, como la electricidad, la fontanería, la mecánica o la carpintería. La modernidad había conectado la masculinidad al dominio de las energías y las tecnologías industriales.³⁹ No han de desdeñarse tampoco su reproducción a través de fantasías bíblicas tradicionales que unían la imagen del hombre con la del artesano y el carpintero, que encarnaban las figuras de José y Jesús en el catolicismo, y que afianzaban la idea de domesticación de la «naturaleza».⁴⁰ Además, la publicidad moderna reforzaba esta concepción paternalista del varón. En los anuncios de prensa y revistas puede observarse a los hombres en un primer plano o un plano central, al tiempo que las mujeres están en una posición secundaria, siendo ellos quienes siempre sujetan los útiles de bricolaje o a los que va dirigida la formación.⁴¹

Referente a esto último, se operaba desde la idea de una mayor capacidad masculina cuando ambos性es acometían la misma tarea. De forma velada o visualmente se mostraba la mayor pericia masculina en las personificaciones relativas al bricolaje. Su carácter popular era representado a través de las mujeres, que hacían de eslabón más débil en el imaginario del bricolero. Conceptos sobre la desigualdad hermenéutica que enfatizaban la dimensión práctica como los de competencia, pericia, habilidad o maña, permitían mensurar los conocimientos y

³⁷ F. García Pavón, «Está de moda ser ‘hombre de su casa’», *Pueblo*, 2 de julio de 1981, p. 9. La asunción de lo blando con lo femenino en Zira Box, *La nación viril. Género, fascismo y regeneración nacional en la victoria franquista*, Alianza Editorial, Madrid, 2025, p. 59.

³⁸ Eider de Dios Fernández, «Mujeres y hombres en la Transición».

³⁹ Judith Wajcman, *El tecnofeminismo*, Cátedra y PUV, Madrid y Valencia, 2006, pp. 33-40.

⁴⁰ Mónica Moreno Seco, «Masculinidad y religión. Los hombres de Acción Católica en el franquismo», en Inmaculada Blasco Herranz (ed.), *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea: Nuevas visiones desde la historia*, Tirant Humanidades, Valencia, 2018, pp. 149; Eider de Dios Fernández y Raúl Mínguez Blasco, «Del obrerismo *naïf* al Cristo revolucionario: Género y clase en el discurso de la JOC (1955-1975)», *Historia, Trabajo y Sociedad*, 11 (2020), pp. 125-126; Francisco Jiménez Aguilar, *Masculinidades en vertical*, pp. 273-276.

⁴¹ «Anuncio», *¡Hola!*, 8 de marzo de 1975, p. 44.

su puesta en práctica.⁴² Una forma común de mostrar ese desequilibrio era utilizar a las mujeres como el ejemplo paradigmático de la carencia de nociones básicas o de su posible fácil adquisición. La marca Kentille, para anunciar sus baldosines, subrayaba «que una simple ama de casa puede poner un nuevo piso en su cocina, con sus manos desnudas, en una hora».⁴³

Los hombres que practicaban el bricolaje podían desarrollarse y ser dueños de sí mismos. Si el trabajo era alienante, en el bricolaje encontrarían espacio para desplegar sus capacidades, sentirse bien y liderar a partir de una mayor jerarquía de conocimiento y práctica sobre su esposa y sus criaturas.⁴⁴ Como manifestaba la periodista Pilar Narvión en su columna de *Pueblo*, a los trabajadores manuales en cadena o intelectuales les permitía «ver» el fruto de su trabajo. Era común pensar la masculinidad desde el ejercicio del poder sobre uno como objeto de su dedicación al bricolaje. Así lo exponen los editores de la revista *HazloTú* en la presentación de la revista con este tono androcéntrico:

El hombre HAZLOTU no hace las cosas sólo por ahorrar. Las hace para exteriorizar aquellas dotes personales que la vida no le ha permitido desarrollar en su profesión, pero que él tiene dentro de sí. Por supuesto que también ahorra muchísimo, pero no es lo esencial. Lo que cuenta es la satisfacción personal y su relación con los demás, el intercambio de ideas y soluciones. Le gusta poder cambiar impresiones sobre distintas experiencias y estar al día en técnicas y materiales. Y sabemos que también hay muchos que desearían poder hacer muchas cosas, pero que no saben por dónde empezar. Para este mundo que sois VOSOTROS ha nacido HAZLOTU.⁴⁵

No menos importante era la vinculación que establecía con otras personas a través del proveimiento material y laboral. En primer lugar, en el ámbito doméstico. Como ya se indicó, desde los años sesenta se empezó a considerar desde España que los hombres debían «colaborar» en el trabajo doméstico, lo que fue abrazado por el bricolaje. La obra *Hágalo Ud. mismo, mejor y más rápido con BOSCH* (1979), aprovechando el filón comercial del «Día del Padre», lo regaló con la compra de cualquier estuche de la marca.⁴⁶ Según un anuncio, lo hacía «para fomentar el bricolaje como aportación a la economía doméstica» de los padres. Aquí el concepto de «economía doméstica» se refería a todo lo que invisibilizaba el intercambio del salario por los cuidados y que solía recaer en las mujeres.⁴⁷ Cabe destacar que

⁴² El concepto en Miranda Fricker, *Injusticia epistémica*, Herder, Barcelona, 2017, p. 255.

⁴³ Manuel Sánchez Rejano, «'Hazlo Vd. Mismo', 'slogan' norteamericano», *El Norte de Castilla*, 3 de julio de 1952, p. 7.

⁴⁴ El concepto de hombre «hecho a sí mismo» en Alejandro de la Cruz Tapiador, *El mito del self-made man en la cultura estadounidense*, Universidad de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares, 2022.

⁴⁵ «Vosotros y nosotros», *HazloTú*, 0 (abril de 1976), p. 74.

⁴⁶ Robert Bosch Comercial Española y Antonio Pontón (eds.), *Hágalo Ud. mismo, mejor y más rápido con Bosch. Herramientas y Técnicas/Ideas prácticas*, Bosch, Guadalajara, 1979.

⁴⁷ «Campaña de bricolaje para el 'día del padre'», *Baleares*, 18 de marzo de 1980, p. 5.

la publicidad no siempre atinaba con su público. Como reconocía Ana Peñalosa, esposa del ministro de Economía y Comercio Juan Antonio García Díez, de la Unión de Centro Democrático, aquel día de la madre de 1981 su esposo le había regalado el estuche de bricolaje que anunciaban por televisión con motivo del día del padre, dando a entender que era ella la que se encargaba de arreglar las cosas en casa.⁴⁸

El «arte del chapuz» no terminaba de desdibujar o equiparar la división sexual del trabajo doméstico para los hombres. Este era presentado como una forma de «colaborar con nuestras esposas en la tarea del hogar (no en las domésticas, sino en las puramente decorativas y de servicios)», de manera que se establecía una jerarquía dentro del trabajo doméstico en la que el hombre no participaba en el conjunto de las tareas, sino solo en las que reforzaban su faceta dominadora sobre la propiedad o la familia. La diferencia sexual seguía operando, tal y como se concebía, a pesar de que los hombres «colaboraran» o «ayudaran» a paliar la creciente dedicación femenina al trabajo asalariado.⁴⁹ Es más, como se insistía en libros y enciclopedias, el marido debía seguir siendo «el jefe de gobierno de la casa», una suavización «democrática» del patriarcado de la época. Según Eva. M. J. Schmidt en su *ABC de la decoración del hogar*, traducido por Santiago Pey en 1963:

Se reparten de manera distinta según las familias. Toda mujer inteligente sabrá dar al dueño de la casa la ilusión de ser él 'el jefe de gobierno de la casa', y en cambio, en realidad, será ella quien rija los destinos de la misma con mano hábil desde un tranquilo segundo plano. Y los hombres inteligentes dejan a sus mujeres la ilusión de que ellos no advierten que son dirigidos. Y constituye una de las reglas del juego dejar que cada uno dé a entender que es él 'el que está bajo el yugo'.⁵⁰

Por otro lado, estaba la relación con la comunidad bricoladora y el resto de la gente. La conciencia de la pluralidad de masculinidades hegemónicas evita concluir que los hombres debían ser unos «manitas». En una entrevista, el escritor Joaquín Calvo Sotelo reconocía su falta de interés por serlo:

Yo soy el hombre más torpe que puede darse para este tipo de actividades. Tengo la suerte de que mi mujer es justamente la contrapartida. Mi mujer conoce todos los pequeños secretos, misterios y técnicas domésticas. Sabe cambiar los plomos, sabe desatrancar las cañerías, sabe hacerlo absolutamente todo. Yo me pongo al lado de ella viendo como hace todas esas tareas en actitud de agradecimiento y admiración.⁵¹

Estas palabras son reveladoras, tras reconocer la egolatría que generaba el trabajo hecho por uno mismo y que permiten intuir que esta no era la única forma de exteriorizarlo.

⁴⁸ Raquel Rodríguez, «Ana Peñalosa: Geóloga y madre de familia», *¡Hola!*, 2 de mayo de 1981, pp. 109-110.

⁴⁹ «El bricolage, un arte doméstico», p. 10.

⁵⁰ Eva M. J. Schmidt, *ABC de la decoración del hogar*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1971, p. 345.

⁵¹ «Entrevista del mes», *Tú Mismo*, 6-7 (julio y agosto de 1980), p. 66.

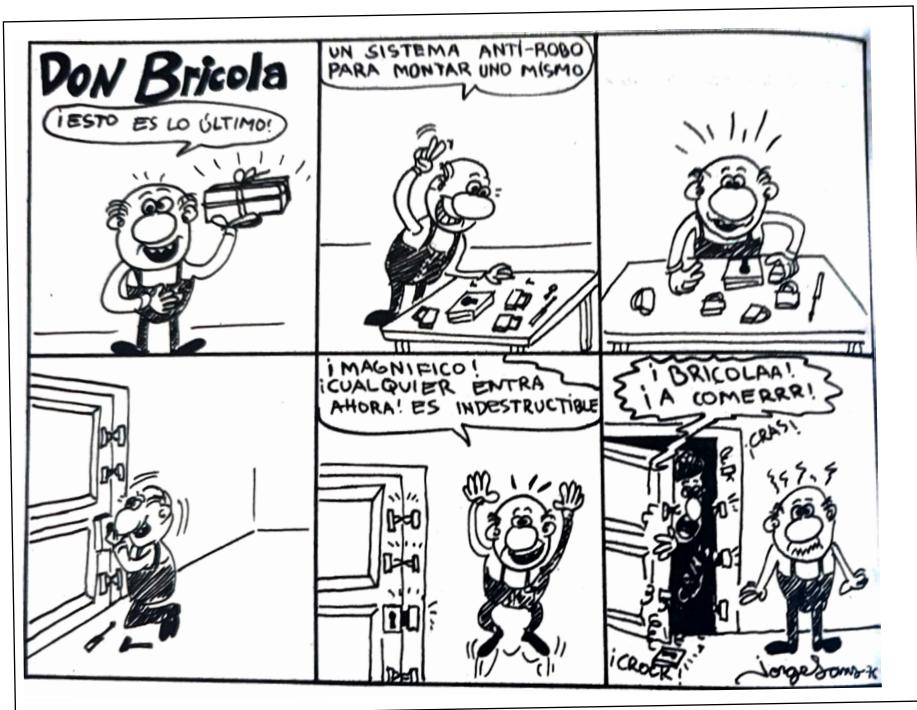


Figura 1. Don Bricola de Jorge Sanz.

Fuente: «Don Bricola», *Azana*, 24 (junio de 1976), p. 14.

La importancia social del bricolaje para los hombres venía plasmada a su vez en aquellos que no poseían la competencia, con las consecuencias individuales y colectivas que esto podía comportar. Esto generó que no tardara en irrumpir el contramodelo del «manitas»: el «manazas». Se trató de una figura que fue operativa tanto para los críticos del bricolaje como para la propia industria que buscaba una apelación emocional para convencer a su público. El «manazas» —la referencia somática a las manos no es baladí por cómo se definía el bricolaje por la industria— tenía la capacidad, pero no la suficiente competencia teórico-práctica. Como reconocía José María Fernández-Sanz, «los ‘manazas’ pueden demostrar que también son ‘manitas’...»⁵² Un elemento muy común de las publicaciones de la época y, en especial, de las de bricolaje fueron las imágenes satíricas donde se ridiculizaba a los hombres que empezaban en el bricolaje. «Don Bricola», la tira cómica publicada en *Azana*, y donde se caricaturizaba a este personaje, es un buen ejemplo (Figura 1). Además del tono familista, la crítica competencial la constata el que soliesen ser las mujeres quienes desvelaban, cercioraban o salvaban a estos hombres ante sus intentos infruc-

tuosos de reparar o crear algo.⁵³ El que no se emplee a otros hombres, menos aún de la misma edad y clase, no debe hacer pensar en su irrelevancia emocional para los bricoladores, sino lo contrario: el efecto negativo que podían generar y que la cultura bricoladora eminentemente androcéntrica evitaba en su camino a expandirse.⁵⁴

LA PENÉLOPE DE 1969

Como ya habrá podido intuirse, las españolas no fueron ajenas al HTM. De acuerdo con una serie de artículos de Charlotte Rix, cuando las «Penélope[s] de 1969» terminaban sus tareas domésticas podían llegar a desarrollar un «complejo de culpabilidad» por perder el tiempo, experimentando la «impresión de cometer un delito», por ejemplo, cuando se sentaban a ver la televisión –cuya experiencia era más difícil de compaginar con otras tareas domésticas que con la radio–⁵⁵. Es ahí donde el bricolaje podía solventar esa culpa realizando tareas «hechas a mano» como el bordado, que de nuevo reiteraba la división sexual del trabajo doméstico. Así, las mujeres podían dedicar a la confección de la vestimenta familiar, las prendas de cocina, cama, paredes y techos.⁵⁶ Con respecto a las paredes y los suelos, se esperaba que la «ama de casa menos experimentada» fuera capaz de encargarse de su instalación.⁵⁷ La autora de este arquetipo confirmaba en una serie de artículos cómo, pese al rechazo de las «labores del sexo débil» por las sufragistas, sus descendientes feministas lo abrazaban. Paradójicamente, cuando las mujeres habían conquistado la igualdad legal y de derechos, muchas de estas reclamaban «tomar la aguja» por deseo, diversión o utilidad.⁵⁸

Por supuesto, este trabajo ni era desconocido ni tampoco su asociación con la feminidad. Sus propias defensoras en los medios de comunicación eran conscientes de que esta «novedad» tenía poco de nueva.⁵⁹ Las clases obligatorias de hogar, el Servicio Social y los cursillos prematrimoniales bajo la dictadura cultivaban el deber y la pasión por la aguja y el delantal, si no se encargaban la propia familia o la comunidad.⁶⁰ Más adelante, en el desarrollismo, la prensa vio que cada vez más amas de casa acudían a eventos sobre bricolaje, como las referidas exhibiciones celebradas

⁵³ *El Noticiero universal*, 19 de noviembre de 1971, p. 22.

⁵⁴ *Bric. Bricolage para todos*, 1 (enero de 1981), p. 18.

⁵⁵ Sobre el énfasis en la lógica capitalista en el hogar, Carmen Romo Parra, *El extraño viaje del progreso*, p. 293.

⁵⁶ Charlotte Rix, «La Penélope de 1969, una especie de artista que pone buen gusto en las cosas más simples», *Hoja Oficial del Lunes* (La Coruña), 14 de abril de 1969, p. 10.

⁵⁷ Charlotte Rix, «La ‘confección’ para la casa», *Baleares*, 13 de abril de 1969, p. 30.

⁵⁸ Charlotte Rix, «La Penélope de 1969, o las labores ‘New Look’», *Diario de Burgos*, 20 de abril de 1969, p. 8.

⁵⁹ «Novedades made in Estados Unidos», *Diario de Burgos*, 21 de mayo de 1972, p. 12.

⁶⁰ Matilde Peinado Rodríguez, *Enseñando a señoritas y sirvientas. Formación femenina y clasismo en el franquismo*, Catarata, Madrid, 2012.

durante Hogarotel.⁶¹ Según recogía la crónica de 1970, una de estas aficionadas dijo: «Si no nos convertimos en campeones de la mecánica —asegura una de estas mujeres modernas— seremos las víctimas de los estupendos electrodomésticos».⁶² Por lo que no debe de pensarse en el bricolaje como una nueva forma de trabajo o de ocio femenino, sino en cómo se concibió para rearticular la diferencia sexual.

Las mujeres se interesaron por el bricolaje y fueron objetivo de su industria. Las hojas femeninas de algunos periódicos daban instrucciones a este respecto desde los años sesenta, creándose secciones como «Hágalo ud. misma» en *Familia. Revista Mensual del Hogar* de la cadena de supermercados SPAR, o en la *Hoja Oficial del Lunes* barcelonesa, antes de que existieran revistas de bricolaje.⁶³ Conforme se fue normalizando la profesionalización y el trabajo asalariado femenino bajo la dictadura, el bricolaje se consideró por los periodistas de la época, incluso, como un signo de la supuesta plena «incorporación» de las mujeres a lo público, en su sentido civil y profesional.⁶⁴ Por no hablar del influjo de la publicidad que apeló a que compraran e incentivarán la compra de productos de bricolaje en sus padres o sus maridos, además de hacerlas destinatarias directas de sus productos.⁶⁵

En la publicidad del bricolaje puede probarse dos tendencias. Por una parte, su sesgo androcéntrico, que se revela en la enunciación específica y en la construcción visual femenina. El que estuviera dedicado a las mujeres suponía que se hiciera de forma diferenciada en las publicaciones de HTM. Todavía en la década de los ochenta, *Tú Mismo* contaba con secciones como «Tu mismo femenino» y «El rincón del ama de casa», escrita por Aileen Serrano (otra de las grandes promotoras del bricolaje en España), reforzando la división sexual del propio bricolaje.⁶⁶ Tampoco puede ignorarse que la representación de las mujeres era acorde al deseo masculino de la época y no a la realidad de las propias bricoladoras. Cuando la cadena de productos de ferretería y bricolaje NERCA mostraba una imagen moderna de las mujeres al practicar el HTM con eslóganes que apelaban a la independencia individual femenina, el atuendo de la modelo publicitaria, en particular de su calzado, ante acciones como ir de compras o subir unas escaleras plegables hace dudar de a qué público se estaban apelando realmente, si se tiene en cuenta la creciente sexualización femenina (Figura 2).⁶⁷

⁶¹ «El bricolage, un arte doméstico», p. 10.

⁶² El inciso aparece es de la crónica. «Del mundo en que vivimos», *Diario de Burgos*, 4 de diciembre de 1970, p. 12.

⁶³ «Hágalo ud. misma», *Familia*, 33 (enero de 1963), pp. 21-22.

⁶⁴ Gaytan, «Mujeres», *Libertad*, 13 de abril de 1974, p. 3.

⁶⁵ «Anuncio», *El Noticiero universal*, 19 de noviembre de 1971, p. 22.

⁶⁶ «Tú mismo femenino», *Tú Mismo*, 3 (abril de 1980), p. 58; Aileen Serrano, «El rincón del ama de casa», *Tú Mismo*, 6-7 (julio y agosto de 1980), pp. 108-109.

⁶⁷ «Es apasionante saber efectuar reparaciones en el hogar», *Hoja oficial de la provincia de Barcelona*, 10 de enero de 1971, p. 27; *El Noticiero universal*, 19 de noviembre de 1971, p. 22.



El Noticiero Universal,
3 de diciembre de 1971, p. 29.



El Noticiero Universal,
2 de junio de 1972, p. 35.

Figura 2. Publicidad de Productos NERCA (1971-1972).

Por otra parte, como ya se indicaba en el anterior apartado, era constante el énfasis en la diferenciación sexual del tipo de trabajo. En el caso de las mujeres, estas estuvieron ligadas a tareas de cuidado y ambientales, menos tecnificadas en el sentido androcéntrico de la definición de tecnología.⁶⁸ Al igual que con los «manitas», la habilidad de las *penélopes* modernas debía orientarse a tareas «feminizadas». El bricolaje femenino por excelencia fue la costura. El sector predilecto junto al servicio doméstico de explotación laboral femenina fue dotado de un

⁶⁸ Judith Wajcman, *El tecnofeminismo*, pp. 33-40. Luis B. Perelló, «El bricolaje en Hogarotel 15», *Bric. Hobby bricolage*, 1 (diciembre de 1975), p. 9.

carácter competencial social e incluso terapéutico ante el trabajo asalariado de las mujeres.⁶⁹ Una faceta que permite entender el incremento de su práctica como ocio es: la creciente importancia de la moda para las nuevas generaciones que pudieron acceder a esta, sea por la prosperidad económica, la bajada de sus precios o el influjo de la sociedad de consumo de masas;⁷⁰ la industria basada en la costura dentro y fuera del país;⁷¹ sin olvidar de las mejoras técnicas que trajo la electrificación y reducción del coste de las máquinas de coser o el material de costura.⁷² Cuando los varones debían ser acreedores de un «cinturón» o un «estuche de herramientas», las mujeres no podían vivir sin sus «bolsas de punto» para guardar sus utensilios.⁷³

Otra forma de HTM dirigida únicamente a las mujeres y que refuerza tanto la diferencia laboral como sexual, la ligazón de lo masculino a la tecnología y lo femenino a la naturaleza, fue el cuidado estético —no es casualidad que, fuera de sus cuerpos, se les asociara con la pintura y la limpieza—.⁷⁴ Por ejemplo, ante la peluquería y las industrias del «capital escópico»,⁷⁵ muchas mujeres del mundo optaban por cortarse y tintarse el cabello, hacerse solas las uñas o aplicar por su cuenta una de las crecientes dietas milagro. El bricolaje sería presentado también en algunas publicaciones como una forma de autocuidado femenino que ya sea por sus conocimientos o su práctica, demandaba del consumo de objetos y saberes ampliados a las masas.⁷⁶ La alegoría de la Penélope de 1969 no puede ser más adecuada por conjugar la modernidad laboral y técnica con la figura patriarcal supuestamente atemporal de la ama de casa. Consciente o fortuita, la referencia a ese año de Rix evoca al desencanto con los procesos contestarios de un año antes que prometían una revolución de lo cotidiano en pro de una mayor igualdad dentro y fuera de España.

CONTESTACIONES A LA DIVISIÓN SEXUAL DEL BRICOLAJE

«Corbatas no, por favor» encabezaba un texto de la sección de consejos de la revista *Tú Mismo* en 1980. Este disertaba sobre la necesidad de sustituir aquella prenda de vestir como regalo a los padres por una máquina o un mono para practicar bricolaje.

⁶⁹ Charlotte Rix, «Las novedades de la próxima temporada», *Diario de Burgos*, 3 de septiembre de 1978, p. 10.

⁷⁰ Uxía Otero-González, *Domesticando cuerpos femeninos en el franquismo (1939-1975): la (re) modelación de la feminidad normativa y su encarnación sartorial en la transición de los cincuenta*, Tesis doctoral, Universidad de Santiago de Compostela, 2021, cap. 5.

⁷¹ Ana Velasco Molpeceres, *La moda en el franquismo. Tú ilusión y arriba España*, Catarata, Madrid, 2024.

⁷² Francisco Javier Iza-Goñola de Miguel, *Alfa, S.A. Motor social y económico de la vida eibarresa*, Ayuntamiento de Éibar, Éibar, 2005; Uxía Otero-González, *Domesticando cuerpos femeninos en el franquismo*, pp. 170-171.

⁷³ «Bolsa para guardar las labores», *Artífice*, 3 (mayo de 1952), p. 7.

⁷⁴ Carmen Romo Parra, *El extraño viaje del progreso*, pp. 205-211.

⁷⁵ Eva Illouz, *El fin del amor*, Katz y Clave Intelectual, Buenos Aires y Madrid, 2021, pp. 84 y 150.

⁷⁶ Charlotte Rix, «La coloración de los cabellos», *Baleares*, 11 de mayo de 1969, p. 28.

El texto establecía una comparativa entre las «feministas» que compraban sus propios artilugios y los «manitas» que los demandaban, pero no se decidían a comprarlos o se veían esclavizados después de una compra inadecuada por sus esposas o familiares.⁷⁷ El bricolaje respondió en todo momento a una industria capitalista con un claro sesgo cisheteropatriarcal, incluso cuando el feminismo ya era escuchado públicamente. A pesar de ello, fue subvertido por algunas españolas y españoles. Estos modelos de género no representaban al conjunto de una sociedad que estaba cambiando. Menos los de las alternativas sociales que empezaban aemerger por aquel entonces y que demandaban sistemas alternativos al capitalismo, tanto bajo la dictadura como ya en democracia.

La difusión cultural del bricolaje la certifica su inclusión en la contracultura como blanco de sus críticas. En los años setenta, se trató de forma irónica en distintas publicaciones. En esta de *La Voz de Albacete*, el supuesto gestor administrativo Julián Palomo era instado a solucionar sus problemas de grifos por sí mismo, ya que no podía por la cantidad de sectores en huelga en aquel momento: desde la fontanería hasta el teléfono.⁷⁸ Igualmente, se criticó desde el género su presunto carácter novedoso, cuando muchas «amas de casa» ya habían sido sus exponentes.⁷⁹ Hasta la revista satírica *El Papus* dedicó en 1974 su número 53 al bricolaje, cosa que se vio con buenos ojos desde el sector, pese a ridiculizarlo, porque evidenciaba su popularización.⁸⁰

Estas críticas no eran casuales y respondían a la concepción capitalista, familia e incluso cristiana con la que se dotó, a pesar de abordarse este como una moda moderna. Luego el bricolaje tuvo su respuesta contracultural, ecologista y de izquierdas. A ello contribuyó, por ejemplo, la traducción de obras como las del estadounidense John Symour *Lo pequeño es hermoso* o *La vida en el campo*, que defendía las nociones de «autosuficiencia» y «autoabastecimiento».⁸¹ Como han rescatado varios autores, fruto del desencanto político, nuevos movimientos sociales y culturales como el de las comunas o el punk hicieron suyo este lema, entendido como una ética antisistema y utópica, generando sus propias radios libres, fanzines y viviendas ocupadas a lo largo del Estado español.⁸² Pero, como bien sabían en la

⁷⁷ «Corbatas no, por favor», *Tú mismo*, 10 (noviembre de 1980), p. 3.

⁷⁸ Vela Jiménez, «El grifo de Juan», *La voz de Albacete*, 27 de enero de 1976, p. 1.

⁷⁹ R. Casas, «De la cataplasma a la sopa de antibióticos», *Diario de Burgos*, 30 de mayo de 1978, p. 13.

⁸⁰ «Azana agradece a El Papus», *Azana*, 6 (noviembre de 1974), p. 80; «La chapuza casera», *El Papus*, 53 (19 de octubre de 1974).

⁸¹ Luis Toledo Machado, «El imaginario de las comunas rurales: un antecedente histórico del fenómeno neorrural en España», *Ayer*, 137 (2025), pp. 168-191

⁸² David Beorlegui Zarraz, *Transición y melancolía: la experiencia del desencanto en el País Vasco (1976-1986)*, Postmetropolis, Madrid, 2017, pp. 285-296; David Mota Zurdo, *Los 40 Radikales. La música contestaria vasca y otras escenas musicales*, Ediciones Beta, Bilbao, 2017; José Emilio Pérez Martínez, *La voz de las sin voz. El movimiento de radios libres entre la Transición y la época socialista (1976-1989)*, Sílex, Madrid, 2022.

época, «una tendencia que en principio podría considerarse como liberadora está siendo explotada comercialmente a fondo». ⁸³

En el caso del género, además de la autoafirmación masculina a través del bricolaje y la resignación femenina ante la desatención masculina del trabajo doméstico que comportaba el familismo del bricolaje, el prolífico escritor y editor germano Roland Gööck distinguía entre dos actitudes femeninas típicas en los hogares de los años setenta (en su caso, alemanes orientales). Una era la de las mujeres que obligaban a sus maridos a que cumplieran su destino manifiesto —«ningún marido es demasiado tonto para clavar un clavo; a lo más, demasiado vago»—. Para ello, en línea con la literatura de consejos matrimoniales de la época, señalaba la educación cotidiana de sus maridos para que contribuyeran en casa: «Si son un poco duchas en las artes educativas conyugales, por mucho que se resista, le obligarán a acordarse de su destino... si es preciso, con martillo, clavos y botiquín casero». Aunque no cuestionaran la diferencia sexual, esta reeducación buscaba unas relaciones más igualitarias en el seno doméstico, cosa que pocas veces se conseguía ni en la teoría ni en la práctica a tenor de las críticas. ⁸⁴

En contraposición, estaban las actitudes de aquellas mujeres que de forma consciente se dedicaban al bricolaje como una forma de reclamar la igualdad. Careciendo de evidencias de movimientos como el estadounidense *landdyke* —separatismo lésbico— en este periodo en España, ⁸⁵ sí se cuenta con críticas feministas. Dentro como fuera del matrimonio, muchas no sexualizaron esta práctica. Así las describía el propio Gööck en su manual del bricolaje y otras artes:

Sin embargo, hay también mujeres a quienes duele convertir a sus maridos en un experto del ‘hágalo usted mismo’. Han descubierto que el ayudarse a sí mismo en la casa no es un privilegio del hombre, por lo que practican sus propias habilidades en el manejo de herramientas, fieles a la divisa de ‘igualdad de derechos’. ⁸⁶

Resulta complicado establecer qué porcentaje de las mujeres lo hacía por estos motivos o por otros, pero sí existen indicios que constatan acercamientos igualitaristas al bricolaje. Estos deben entenderse en el marco de la tradicional e internacionalmente conocida como «segunda ola» del feminismo y en contra de los prejuicios machistas tan extendidos entre los defensores del bricolaje. El feminismo de los sesenta y los setenta tuvo una gran importancia marxista (radical, en la terminología de época) que puso en el centro cuestiones como el trabajo o el salario

⁸³ Rafael Pedrazas, «Las chapuzas de Robinsón», *Cuadernos para el diálogo*, 268 (17 de junio de 1978), p. 43.

⁸⁴ Roland Gööck, *Enciclopedia del «Hágalo usted mismo»*, Espasa-Calpe, Madrid, 1975, p. 13.

⁸⁵ Helen Hester y Nick Smicek, *Después del trabajo*, pp. 212-219.

⁸⁶ Roland Gööck, *Enciclopedia del «Hágalo usted mismo»*, p. 13.

dentro y fuera del hogar.⁸⁷ Asimismo, las concepciones más liberales de la feminidad reclamaron la competencia laboral de las mujeres, lo que estaba ligada también a la realidad doméstica. En 1977, la revista madrileña de bricolaje *HazloTú* compartía esta carta de una lectora anónima, que refleja muy bien la crítica al sexism que viene exponiéndose hasta aquí:

Muy señores míos, compro vuestra revista desde el primer número porque soy una gran aficionada al bricolage.

Ahora he notado que también vosotros hacéis distinción entre trabajos femeninos y trabajos masculinos. Es una cosa antípatica y que me parece anticuada para una revista que quiere ser moderna.

Yo misma he colocado el suelo y sé de ejecutivos que hacen ganchillo durante largas horas en avión o hacen punto para relajar los nervios. Por lo tanto, no programéis nuestros hobbies según lo que vosotros creéis adecuado para nuestro sexo. Al fin y al cabo ¡puede que haya muchas feministas entre vuestras lectoras! Les saludo muy atentamente...

La respuesta de los editores de la revista fue la siguiente:

Sentimos haberla ofendido, querida amiga, y más porque tiene usted razón. Todos los trabajos que proponemos son adecuados tanto para la mujer como para el hombre, sin distinción alguna. Sin embargo, tiene que reconocer que solo hay algunas cosas que sólo puede llevar una mujer o al contrario, sólo un hombre, y si no ¡a la vista está!⁸⁸

Como puede observarse, mujeres practicantes del bricolaje se reconocían como feministas y utilizaban estos espacios para cuestionar los discursos sexistas tan extendidos en estas y otras publicaciones. Lo interesante de este diálogo es la inseparable concepción política y desigual de los sexos que evidencian los editores de este medio. Rescatando la metáfora de «llevar los pantalones»,⁸⁹ mostraban cómo en cada familia siempre había un polo fuerte y otro débil, simbolizado por el hombre o por la mujer, lo que reforzaba el paradigma de la igualdad en la diferencia a pesar de aceptar de buen grado la crítica.⁹⁰

⁸⁷ Soraya Gahete Muñoz, *Por un feminismo radical y marxista: El colectivo feminista de Madrid en el contexto de la Transición española (1976-1980)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2017; Claudia Jareño Gila, «Más allá de *El Segundo Sexo*. La influencia del feminismo materialista francés en el pensamiento feminista radical español: el caso de Christine Delphy», en Rubén Cabal Tejada (ed.), «Aller-retour»: *Las transferencias culturales entre España y Francia (siglos XIX-XX)*, Trea, Oviedo, 2023, pp. 157-172. Para las décadas siguientes, véase Karine Bergès, «La pratique du squat comme processus de socialisation féministe dans le Mouvement Okupa madrilène des années 1980», *Hispania Nova*, 18 (2020), pp. 653-654; Vicent Bellver Loizaga, «La imaginación política de *Les Esmussades*. Un “feminismo okupa” en València (c. 1989-1996)», en Miren Llona González y José Javier Díaz Freire (coords.), *Tras la estela de los feminismos históricos*, Comares, Granada, 2023, pp. 461-476.

⁸⁸ «*Hazlotú femenino*», *Hazlotú*, 11 (marzo de 1977), p. 5.

⁸⁹ Christine Bard, *Historia política del pantalón*, Barcelona, Tusquets, 2012, p. 11.

⁹⁰ Mónica García Fernández, *Dos en una sola carne*.

Conjuntamente se aprecian unas masculinidades menos dominantes en estos medios. El mundo del bricolaje era un espacio más para la diferenciación entre hombres a través de su competencia profesional o epistemológica.⁹¹ No obstante, su dimensión popular y lúdica prometía en un tono paternalista un espacio donde poder compartir conocimientos prácticos sin miedo al qué dirán, sea por su ausencia o por su poca pericia a la hora de aplicarlos. De modo que se apelaba a los «manitas» desde su vulnerabilidad y emocionalidad. No debían avergonzarse de equivocarse en un terreno como el del trabajo, generando un sentimiento de comunidad con sus pares bricoladores.⁹² Es más, se enfatizaban cuestiones que ayudaban a autocontrolar algunas de las facetas de las masculinidades trabajadoras como el ímpetu, la irreflexividad, la bravuconería o la racanería.⁹³ Esto es algo que exteriorizaron personajes como Pey en sus manuales de bricolaje, planteando este como un ámbito donde poder escapar de algunos de los sinsabores —reforzados por el género— de la vida profesional o pública.⁹⁴ Por más que esto no fuera una superación de estas masculinidades trabajadoras, dada su dimensión capitalista y paternalista varonil, como bien reflejó en su momento el sociólogo profeminista Josep-Vicent Marqués,⁹⁵ al menos estaban planteadas en términos menos competitivos y violentos para los propios hombres que debían mostrar su vulnerabilidad (en este caso, su escaso capital humano) ante otros hombres de edad adulta. Cuestión aparte es que esto se consiguiera o que no se reprodujera de bricoladores a bricoladoras.

CONCLUSIONES

La nueva cultura del bricolaje no contribuyó verdaderamente a reformular las relaciones de género desde el trabajo doméstico y al ocio entre 1950-1985 en España. A pesar de que en efecto difuminó muchas de las categorías clásicas de la organización productiva capitalista y la división sexual del trabajo doméstico, los estudios sobre su estructura social, sus discursos prescriptivos y la socialización del público bricolador reforzaron la diferencia sexual y los modelos de género predominantes: la masculinidad trabajadora de posguerra y la creciente feminidad de la «supermujer» en la familia heteropatriarcal. Su análisis constata la prevalencia no solo discursiva, sino también práctica y visual de ello, que, sin ser el objeto de estas páginas, tuvieron una dimensión experiencial y material. Con todo, indirec-

⁹¹ Sobre el tipo de poder masculino, véase Francisco Jiménez Aguilar, *Masculinidades en vertical*, pp. 32-34.

⁹² «Correspondencia. Un club del bricolador», *Azana*, 19 (diciembre de 1975), pp. 4-5.

⁹³ Roland Gööck, *Enciclopedia del «Hágalo usted mismo»*, pp. 11-12.

⁹⁴ Santiago Pey, *100 ideas básicas de bricolaje*, Bruguera, Barcelona, 1980, p. 13.

⁹⁵ Josep-Vicent Marqués, *Curso elemental para varones sensibles y machistas recuperables*, Temas de Hoy, Madrid, 1991, p. 19. Francisco Jiménez Aguilar, «“Al encuentro de la libertad de la mujer”. Josep-Vicent Marqués y el abolicionismo familiar», En prensa.

tamente, a través de su crítica y reapropiación desde finales de los setenta, se pudo disputar además de en clave anticapitalista o ecologista, como hasta ahora se ha pensado, en un sentido feminista a las mujeres, al practicar actividades de las que eran excluidas y autorrealizarse en un sentido igualitarista. A la zaga, introdujo de forma indirecta a los hombres a la domesticidad y a espacios donde quizá las desigualdades entre hombres mediadas por la competencia laboral eran menores. Todavía quedaba mucho para que pudiera pensarse el «manitas» en femenino y que se dejara de creer que cada Penélope dependía de su Ulises, al menos en el mundo del bricolaje.

**El manitas y la Penélope de 1969.
Bricolaje y división sexual del trabajo doméstico en España (1950-1985)**

*The handyman and the 1969's Penelope.
Do-It-Yourself and sexual division of domestic labor in Spain (1950-1985)*

FRANCISCO JIMÉNEZ AGUILAR
Universidad de Málaga

RESUMEN

Este artículo aborda a partir del bricolaje los cambios en la división sexual del trabajo doméstico en el franquismo y la transición a la democracia en España. La investigación constata las continuidades en el androcentrismo, el sexism y familismo que trajo consigo esta afición, cristalizadas en las masculinidades y feminidades hegemónicos dentro de los medios de comunicación, la publicidad y las publicaciones de hazlo tú mismo. Por otro lado, rescata algunas críticas feministas dentro y fuera de la cultura bricoladora que permitieron evidenciar la pervivencia de las diferencias y estereotipos de género a fin de plantear unas relaciones más igualitarias.

PALABRAS CLAVE

Bricolaje, España, Feminismo, Masculinidades, Trabajo doméstico.

ABSTRACT

This article explores the transformation in the gendered division of domestic labor in Spain during the Franco regime and the democratic transition, using DIY (do-it-yourself) culture. The study demonstrates the enduring presence of androcentrism, sexism, and familialism embedded in this leisure activity, as manifested in the construction of hegemonic masculinities and femininities across mass media, advertising, and DIY publications. Simultaneously, it recovers feminist critiques—both internal and external to DIY culture—that exposed the persistence of gender hierarchies and stereotypes, thereby contributing to the articulation of more egalitarian social relations.

KEYWORDS

Do-It-yourself, Spain, Feminism, Masculinities, Housework.

FRANCISCO JIMÉNEZ AGUILAR

Profesor ayudante doctor de Historia de la Ciencia en la Universidad de Málaga. Doctor Internacional en Historia y Artes por la Universidad de Granada (2021) con Premio Extraordinario de Doctorado. Ha sido investigador postdoctoral CIAPOS en el Instituto Universitario de Investigación de Estudios de Género de la Universitat d'Alacant, investigador Juan de la Cierva-Formación en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea e investigador visitante en The University of Sheffield. Sus investigaciones se han centrado en la historia del género y la ultraderecha, en particular, el estudio de las masculinidades en la dictadura franquista, los antifeminismos y los nuevos partidos y movimientos de ultraderecha en España. Es autor de *Masculinidades en vertical. Género, nación y trabajo en el primer franquismo* (PUV, 2023).

ORCID: 0000-0002-6194-5089

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Francisco Jiménez Aguilar, «El manitas y la Penélope de 1969. Bricolaje y división sexual del trabajo doméstico en España (1950-1985)», *Historia Social*, núm. 114 (2026), pp. 55-79.

DOI: 10.70794/hs.116951